

Passavanti tradujo al idioma vulgar su *Espejo de la penitencia*, en el que, en medio de vulgaridades, hace conocer el corazón humano, y no se separa nunca de una claridad llena de encanto. El fraile predicador Cavalca, aunque más pálido y descuidado, recuerda siempre que habla al pueblo; y sus *Actas apostólicas* son un tesoro tal de sencillas bellezas, que yo le llamaría el perfeccionador de la prosa italiana. Los sermones de fray Giordano están llenos de celo contra los desórdenes públicos, pero ¡cuán ingenuo candor de lenguaje y sencillez de paloma tienen en las *Floreccillas de san Francisco!* Con respecto de los *Hechos de Eneas*, por Guido de Pisa, diremos que no es la menor de las desgracias de la Italia, verse precisada ir á buscar en obras de mezquino alcance lo que la lengua ofrece mejor.

Los *Preceptos de los antiguos* coleccionados y esplicados por fray Bartolomé de San Concordio, son reputados como de un lenguaje muy correcto, aunque oscuros en algunos lugares por el carácter latino. Albertano, juez de Brescia, ha escrito tres tratados morales en latin, cuya traduccion por el notario Soffredi de Grazia, anterior al año 1278, es uno de los más antiguos monumentos de la lengua (56). Nos quedan de aquel tiempo muchas traducciones que en todos los países representan gran parte de los principios de la lengua escrita; tales son el primer libro del Orador de Ciceron, por Brunetto Latini; las Vidas de los santos Padres del desierto, producciones llenas de encanto; el Salustio, atribuido sin razon á fray Bartolomé de San Concordio; las Epístolas de Séneca, las Adversidades de la fortuna de Arrigo de Settimello; el Guerrino llamado miserable; la Vida de Barlaam; la leyenda del joven Tobias, etc., estimadas por su incomparable sencillez toscana.

Pedro Crescenzi, «que habia salido de Bolonia por las discordias civiles (1230), recorrió, en el espacio de treinta años, diferentes provincias, dando fieles y leales consejos á los gobernantes, y manteniendo á las ciudades, sujetas á su dominio, en

remos entre las italianas literatas á Hortensia de Guglielmo, Leonor de la Genga, Livia de Chiavello, todas de Fabriano; é Isabel Trébani de Ascoli; á Juana Biachenti de Bolonia, que sabia de filosofia y de derecho, conocia el griego, el latin, el alemán, el bohemio, el polaco y el italiano; además Justina Levi-Perotti, que dirigió sonetos á Petrarca; y la Selvaggia celebrada en los versos de Cino de Pistoia.

(56) Véase la variedad de juicios. Cuando el P. Cesari, que pasa por un pedante, hizo reimprimir las *Fioretti* de San Francisco (Verona, 1822), suprimió las antiguas terminaciones, sustituyendo á ellas las modernas, «para quitar á las personas disgustadas la ocasion de morder y despreciar aquel lenguaje del siglo XIV que caminarán de esta manera, dice sin que nada las incomode.» Cuando Sebastian Ciampi volvió á imprimir la traduccion del juez Albertano (Florenca, 1833), conservó no sólo las cadencias, sino hasta todos los errores del manuscrito, é hizo atestiguar su integridad con acta de notario.

tranquilo y pacífico estado. Estudió gran número de libros, tanto antiguos como modernos, vió y aprendió las diversas operaciones de los que cultivan la tierra. De vuelta después á su patria, escribió á la edad de setenta años, sobre la utilidad de los campos dedicándose al rey de Nápoles Carlos II. Propone como los aristotélicos teorías extravagantes, pero sugiere buenas prácticas como hombre experimentado. Parece que escribió su obra en latin; pero al poco tiempo fué traducida por un florentino, cuya feliz circunstancia la hizo vivir y ser estudiada, y Linneo para honrarle, llamó Crescenzi á una planta americana.

Aunque sea de sentir tener que buscar la lengua italiana en autores cuyas ideas nos son estrañas, el estudio de los escritores del siglo XIV será siempre muy provechoso; corrigiendo solamente, en efecto, algunas de sus espresiones y modificándolas, proporcionan un poderoso recurso contra el neologismo moderno y contra el arcaísmo erudito, ofrecen la primitiva acepcion de las palabras, su sentido sencillo y verdadero, la gracia, que no tiene otro adorno que ella misma, y prestan al idioma italiano aquel sencillo carácter que es el patrimonio del genio.

Boccaccio.—Así escribían aquellos autores, principalmente los historiadores de que hablaremos después, cuando ignoraban el arte de los incidentes, de las suspensiones, y de lo que da á la frase fuerza y variedad, hasta que para introducir en la prosa el arte que le faltaba nació Juan Boccaccio. Era hijo natural de un comerciante de Certaldo, que le llevó consigo á viajar; pero conociendo su inclinación á las letras, le puso bajo la direccion de un excelente profesor. Sus mejores maestros fueron Virgilio, Horacio y particularmente Dante, *mi guía, mi antorcha* y por quien *tengo todo lo bueno, si algo hay en mí*. Buscó la amistad de los hombres más afortunados, y tuvo la felicidad de obtener la de Petrarca; aprendió también el griego; é hizo constituir una cátedra de esta lengua en Florenca para Leoncio Pilato, se familiarizó con Homero, del que hizo llevar un ejemplar, como también de otros autores que no eran aun conocidos en las orillas del Arno.

Habia escrito en latin la *Genealogia de los Dioses*, vicisitudes de ilustres desgraciados, virtudes y vicios de las mujeres, y una obra sobre los montes, las selvas, las fuentes, los lagos y los rios, que bueno ó malo, fué el primer diccionario geográfico. En ellas así como en sus diez y seis églogas, el latin es bastante menos elegante que el que escribió Petrarca. Cuando vió los versos de éste, quemó todos los que habia compuesto de joven en lengua vulgar. Siendo adulto, concluyó la *Teseida*, epopeya en doce cantos y en octavas, sobre los amores de Arquitas y Palemon por la amazona Emilia en los tiempos de Teseo, y el *Filostrato* sobre los de Troilo con Briseida. En la *Amorosa vision* finge que en el templo de la felicidad le acompaña el triunfo de la Sabiduria, de la Gloria, de la Ri-

queza, del Amor y de la Fortuna, y el principio de los versos de cada terceto forman un soneto y una canción. El *Ninfal flesolano* versa sobre los tristes amores de Africo y Mensola; pero ni aun los trozos lascivos incitan á volverle á leer.

La prosa debia ser para Boccaccio su título de gloria. Refiere primero en el *Filocolo* las aventuras caballerescas de Florio y de Blancaflor, relación prolija sin sencillez. Es menos ampuloso en la *Amorosa Fiammetta*, nombre bajo el cual designaba á Maria, hija natural del Rey Roberto, de quien estaba enamorado. Habiéndose burlado de él una viuda, hizo para vengarse de ella una violenta diatriba contra las mujeres en el *Corbaccio* ó *Laberinto de amor*. Siete ninfas de la antigua Etruria refieren en el *Admeta* sus propios amores, acabando cada una con una égloga; es una mezcla de prosa y verso. Su carta á Pino de los Rossi, para animarlo contra las penas del destierro, es una obra de pura retórica.

El arte de Boccaccio es enteramente pagano; comienza la *Teseida* invocando las *hermanas Castalias que habitan felices el monte Helicon*. Habiendo visto Pámfilo á Fiammetta en misa, es impulsado por Juno á amarla. En el *Filocolo* llama al papá gran sacerdote de Juno, y habla de la encarnación del hijo de Júpiter. Los mismos sentimientos han presidido á la composición del *Decameron*, su obra maestra, aunque no se encuentra en ella ni moral ni caridad. Finge que en el momento en que la peste diezma lo selecto de la población de Florenca, cinco señoras, encontrándose en la iglesia con sus amantes, se convienen en ir á habitar el campo, donde para ahogar el temor y la compasión, pasarán una vida alegre y contarán aventuras y fábulas. La mayor parte de estas novelas son obscenas. Boccaccio ha convertido en loca cortesana, ébria de placeres sensuales, la dama que Dante habia elegido para inspirarle y guiarle á través del *bosque salvaje* de la vida, en el camino de la verdad, que Petrarca habia cubierto con el velo del pudor y de la melancolía. A la vez crédula y supersticiosa, va á misa para enamorar, y cuando mueren mucho en su rededor, no encuentra mejor partido que adoptar que irse al campo á oír cuentos y divertirse. La fidelidad conyugal y la castidad monástica se encuentran de continuo atacadas en aquel libro; el autor, irreligioso en el Ciappelletto, deista en el judío Melquisedec, alaba sin cesar el mal principio del egoísmo; sus personajes ceden siempre á la pasión, sin aquél contraste que en el arte produce lo dramático, el sacrificio en la vida, y es la fuente del orden (57).

(57) Existen de cierto Adolfo, que vivía en 1315, diez novelas en dísticos latinos (ap. LEYSER), todas poniendo en ridículo el matrimonio y describiendo aventuras indecentes, á la manera de Boccaccio. Por lo demás está demostrado, que la mayor parte de las novelas que contiene el

Tanto como agradó el Decameron á la sociedad bulliciosa, escandalizó á las personas honradas; y Pedro Petroni, cartujo de Siena, encargó en su lecho de muerte á Joaquin Ciani, su compañero, buscarse á Boccaccio para que apelara á su conciencia. Afectóse de ello Boccaccio, y dió mejor direccion á su vida y á sus escritos. No contento con recomendar que no se leyese sus cien novelas (58), escribió como en reparación, versos sagrados; pero éstos se han olvidado, y las novelas quedan para escándalo y daño de los hombres. Se admira, sin embargo, la variedad de formas, prólogos, finales, caracteres, ó más bien de condiciones, pero en vano se quiere que en medio de aquella variada abundancia, busquemos una pintura del género de la vida y del carácter italiano: no se encuentra tampoco en él la rapidez de la relación, ni el arte de sostener la curiosidad.

Ningun prosista habia pensado hasta entonces en pulimentar artificialmente su estilo, contentábanse con espresar sus sentimientos, sin otro adorno que la sencillez, hablando á los lectores tan familiarmente, como lo hubiera hecho con amigos. Esta forma era tanto más conveniente, cuanto que los libros de entonces eran menos alocuciones dirigidas al público en general, que confianzas domésticas y de país. Boccaccio quiso dotar el estilo con la magnificencia que no conocía antes, y despojándolo de lo que tenia de antiguo y tosco, emprendió dar al período el número, la gracia, variados movimientos, y una forma conveniente al objeto. El pensamiento era escelente, pero no supo distinguir la diferente naturaleza de los idiomas, y adhiriéndose al latin, se dedicó á redondear el período con un arte demasiado aparente y ambicioso. Obtuvo la riqueza, la abundancia, la armonía; pero en lugar de la nueva prosa, clara y lógica, como se encuentra en Dino y Vilani, introdujo la confusión en los miembros y las trasposiciones, á las cuales repugnan las lenguas moder-

Decameron no son inventadas por el autor. Se las ha querido libertar de las inconveniencias que se encuentran en ellas, y elegir las para darlas á leer á los jóvenes; pero se ha tomado, como acontece comunmente, la inmoralidad por lascivia, y suprimiendo frases y narraciones repugnantes, se dejaron otras no ménos peligrosas. Se ha dicho también que no se debia permitir la lectura más que á aquellos que hubiesen hecho una buena acción por la patria; es decir, que poquísimos serian los que la leyese.

(58) Escribia á Mainardo Cavalcanti: «Deja mis novelas á los que se entregan con impetuosidad á sus pasiones, que generalmente desean pasar por profanadores habituales del pudor de las matronas. Y si no quieres tener consideración al honor de las mujeres, tenlo al mío, si me amas lo bastante para derramar lágrimas por mis sufrimientos. Los que las lean me reputarán por un vergonzoso entremetido, un viejo incestuoso, un hombre impuro y maldiciente, ávido de contar los desmanes ajenos. No se encontrarán en todas partes personas que me escusen diciendo: *Ha escrito siendo joven, y se vió obligado á ello por órdenes que no podía desobedecer.*»

nas, que libres de desinencias, se arreglan mejor á la sintaxis directa (59); enseñó á despreciar la sabia moderación, de la familiaridad atrevida y digna, la noble sencillez. Un estilo rebuscado es siempre malo, decía Monti, pero la pompa del lenguaje se une tanto menos con la ligereza de las materias tratadas por Boccaccio, que comunmente se ve en su Decameron, salir de los pliegues simétricos de la toga romana, el canto del trovador ó la vara del juglar. A riesgo de incurrir en la escomunion de los pedantes antiguos y nuevos, concluiremos con franqueza, como simple historiador, que Dante había abierto los tiempos nuevos, que Petrarca y Boccaccio rechazaron su época hácia la antigüedad, que fueron imitadores cuando él había inventado, clásicos cuando él era bíblico, y que adormecieron su patria cuando él había emprendido la tarea de despertarla.

Los imitadores de Boccaccio desterraron la naturalidad de los pensamientos ó de la expresión, lo que fué una de las causas por las cuales la Italia es tan pobre en comedias y novelas; por esto es también por lo que los escritores modernos han tenido tanto trabajo en encontrar ejemplos de sencillez. ¡Feliz aun si el mal no hubiera sido más que gramatical! pero el ejemplo ha estimulado, disculpado á nuestros contemporáneos de fomentar un género de literatura esencialmente inmoral, como son los cuentos.

Las *Cien novelas antiguas*, de las cuales algunas fueron escritas poco después de la muerte de Ezzelino, refieren en un estilo sencillo la vida de aquella época. Se hace «mención de ciertas maneras elegantes de hablar, bellas cortesías, hermosas respuestas, graciosas agudezas, hermosos regalos y bellos amores, segun han hecho varios en los tiempos pasados.»

Franco Saccetti, florentino togado, que también se ocupaba del comercio, marchó por las huellas de Petrarca en las poesías amorosas y por las de Boccaccio en las novelas. Su estilo es más corriente que el de Boccaccio, las aventuras que describe son más originales y más pintorescas que las de su

(59) Baretto, mostrando aversión á estos períodos que toman tres millas de terreno, concluyó diciendo que el lenguaje empleado por Boccaccio es con frecuencia excelente y su estilo es por lo regular detestable.

predecesor, pero le son inferiores en la intriga y vivacidad. Dejando á un lado las innobles inconveniencias y las reflexiones fuera de lugar, se encuentra en él un cuadro de la vida de entonces en aquellas chistosas palabras que dice de improviso; en aquellos hombres de corte que arrancan regalos por su importunidad; en aquellos posaderos risueños, que se divierten á espensas de los que no espresan la palabra propia; en los magistrados ignorantes ó avaros que son el blanco de los sarcasmos y de las burlas; en las fanfarronadas de los soldados alemanes con nombres revesados; en la ruindad de los emperadores que iban á Italia con la bolsa vacía, en que promoviesen pleitos los que habían estudiado derecho, por lo cual uno de Metz se admiraba de ver prosperar á Florencia aun con tantos jueces, cuando bastaba uno solo para arruinar á su patria. Estas relaciones dan, en una palabra una idea de aquella vida pública, activa, agitada, industriosa, de personas que aun no se veían contaminadas con los miasmas de una opresión pacífica.

El *Pecorone*, de Juan de Florencia, se aproxima á Boccaccio en la propiedad de la expresión y en la gracia del estilo. Un tal Aurette, enamorado de la hermana Saturnina, se mete fraile; y siendo capellan del convento que ella habita, convienen en pasar el tiempo juntos y en contarse arternativamente una novela en el locutorio. Llegan de esta manera hasta la quincuagésima: históricas en su mayor parte, están espuestas con sencillez, y los escabrosos detalles están cubiertos con arte. Pero en general, falta la rapidez y precisión á los narradores de aquel siglo, así como el carácter ingenioso que se adquiere con un largo trato con los hombres y una sociedad escogida.

Hay un mérito más real en el tratado de Angel Pandolfini de Florencia, titulado del *Gobierno de la familia*, que escribió para sus hijos en una edad avanzada, después de haber pasado gran parte de vida en los empleos y embajadas. Son preceptos de economía y moral apropiados á la clase de vida de la época, espresados con grandísima propiedad (60).

(60) Ahora, sin embargo, le ha sido arrebatado aquel libro para atribuírselo al ilustre arquitecto Leon Bautista Alberti.

CAPÍTULO XXIX

ESTUDIOS CLÁSICOS.

Al ver tanta grandeza hasta en sus primeros principios, ¿quién no hubiera creído que la nueva literatura iba á lanzarse por una senda propia, esencialmente distinta de la antigua? Cabalmente aconteció lo contrario, y el prurito de la erudición contuvo el vuelo del genio moderno. Petrarca y Boccaccio, pero no Dante, que no conocía á la mayor parte de los clásicos más que de nombre, habían tomado grande empeño en resucitar la literatura antigua; pero si depuró su gusto, ella hizo que Petrarca aguardara la gloria de sus versos latinos, y que Boccaccio introdujera aquellos períodos que rechazan las lenguas modernas. Boccaccio fué uno de los primeros que cultivaron seriamente el griego, divulgado después por los que huían de la cimitarra de los turcos. Cuéstanos trabajo prestar crédito á Filelfo, cuando nos dice que aun hablaba el ínfimo pueblo de Constantinopla la aurea lengua de Aristófanes y de Eurípides; y las grandes señoras y los literatos, la de los oradores é historiadores (1). De seguro la pronunciación estaba completamente alterada: él mismo hallaba en el Peloponeso «un modo de hablar corrompido que nada tenía del lenguaje primitivo y elocuente de la antigua Grecia.» Además, Coluccio Salutato escribe que Plutarco había sido traducido del griego antiguo al idioma moderno (2). Sin embargo, ¡cuán provechosamente podía ser aplicada al estudio de los clásicos una lengua todavía viva y mucho más cuando el clero no se había consagrado á los asuntos del gobierno, ni á las distracciones de la guerra, como los señores feudales, y podía emplear sus ocios en el estudio de las letras, en su instrucción, y cuando la sutileza de las cuestiones agita-

das en Oriente inducía á prestar estremada atención á las voces.

Pero ni del lenguaje ni de nada se cuidaron; las discusiones de escuela dejaban muy poco tiempo sobrante para consagrarlo á los autores profanos, y quizá entonces perecieron los líricos dorios y eolios, porque habían llegado á ser ininteligibles para los copistas. Además, en general aquellos sabios consideraban la literatura antigua como una ciencia muerta, y sólo dió frutos cuando fué trasladada á Italia.

Siempre había habido en la península hombres versados en el conocimiento del griego, aunque no fuera más que como lengua litúrgica entre los monjes de San Basilio; y vino á ser deliberadamente objeto de estudio cuando se trató de reunir la Iglesia de Oriente á la de Roma. El calabrés Barlaam, monge del monte Atos y gran fautor del cisma griego, vino como embajador de Constantinopla, y enseñó sin éxito notable esta lengua á Petrarca. Leoncio Pilatos, compatriota de este religioso y discípulo suyo, se alojó en Florencia en la misma casa de Boccaccio, á quien indujo á traducir á Homero: para este efecto mandó traer con grandes gastos un ejemplar de Levante, é inspiró á los florentinos el pensamiento de instituir para él la primera cátedra de lengua griega. Manuel Crisolaras, llegado á Florencia en calidad de orador del emperador Manuel, enseñó con más éxito en esta ciudad, así como en otras partes: luego llegó una multitud de griegos á Italia á medida que su patria caía en manos de los musulmanes. Teodoro Gazza vino de Tesalónica: además, Jorge de Trebisonda, Juan Argiropulo, Demetrio Calcondilas, Juan Lascaris, vástago de real estirpe. No trayendo consigo otros bienes que el estudio de los clásicos, no dejaron de exagerar su importancia y de declarar bárbaro á todo el que no se dedicaba á ellos, desde-

(1) Epístola de 1451.

(2) MEHUS, pág. 294.